

LA  
VIDA  
INVISIBILE  
DE A D D I E  
LARUE

V.E.

SCHWAB

Una vida que nadie recuerda.

Una historia que nunca olvidarás.

Francia, 1714. En un momento de desesperación, una joven hace un pacto faustiano para conseguir una vida infinita. ¿Cuál es el precio que deberá pagar para vivir eternamente? El olvido. Todas y cada una de las personas que conoce la terminarán olvidando.

Así es cómo comienza la extraordinaria vida de Addie LaRue; una vida que atraviesa siglos y continentes, una vida que atraviesa la historia y el arte, en la que ella intenta comprender hasta dónde será capaz de llegar con tal de dejar su marca en el mundo.

Sin embargo, todo cambia cuando, después de 300 años, Addie conoce a un hombre en una librería. Pero hay algo más... él es la única persona que recuerda su nombre.



LA  
VIDA  
INVISIBLE  
DE ADDIE  
LARUE  
V.E.  
SCHWAB

*Para Patricia, por no olvidar nunca.*

## Introducción de la autora

Conocí a Addie por primera vez durante un paseo por el campo.

Por aquel entonces, vivía en Liverpool, en un destartalado cobertizo que se encontraba en el patio trasero del exdirector de un centro penitenciario: una situación poco propicia para una chica de veintitrés años. Una de mis afables compañeras de piso se ofreció a llevarme hasta algunos de los lugares más pintorescos que solía visitar por trabajo, y así es cómo acabé paseando durante 8 horas por un pueblo llamado Ambleside, situado en el Distrito de los Lagos.

Mientras me abría paso a través de los húmedos y sombríos campos, rodeando fortalezas de hadas y raíces del tamaño de un portón, y escalando colinas de hierba alta que me dejaron sin aliento no solo por el ascenso sino también por sus vistas, me puse a pensar en la inmortalidad.

Las tierras salvajes del norte de Inglaterra poseen cierto carácter atemporal. Era 2011, pero estando allí de pie, sin aliento, en lo alto de una colina, podía haber sido 1911. 1811. 1711. No había ni un alma a mi alrededor. Ni tampoco edificios. Me sentí exhausta, y aturdida, y llena de inspiración. Sentí lo que denominaría más tarde como una «alegría rebelde», una sensación que se convertiría en la semilla del personaje de Addie. A medida que la adrenalina, fruto del ascenso, desaparecía y el calor abandonaba mis extremidades, la fatiga se apoderó de mí. De pronto, me encontraba inmensamente cansada. Experimenté un agotamiento tan profundo que me dieron ganas de sentarme allí mismo. Aquel sentimiento de fatiga se transformó en una parte tan fundamental de Addie como su alegría, la otra cara de la moneda. La esperanza siempre se alzaba triunfante,

pero las ganas de rendirse, de descansar, eran como una losa inamovible, y nunca la abandonaban. El tira y afloja de una persona joven y vieja a la vez, de una persona ajena a las leyes mortales del tiempo, y aun así, innegablemente humana.

Había encontrado a mi chica. Ahora necesitaba hallar su historia.

Para mí las historias son como las cazuelas que dejamos sobre los fogones. Es decir, el resultado de muchos ingredientes cocinándose a fuego lento. El contexto. El anhelo de un personaje. Un momento crucial. El final. El tema. Todos estos elementos se añaden uno por uno a la cazuela hasta que empiezan a mezclarse y fundirse y se convierten en un guiso. Una historia lista para ser contada.

Aún tardaría otro año en decidir que Addie haría un pacto con el diablo, y otro más en darme cuenta de que su inmortalidad vendría acompañada de una maldición: la de que los demás se olvidasen de ella. Ahí se encontraba el origen del cansancio que había experimentado en aquella colina, de la rebelde determinación para seguir adelante, primero por puro rencor y luego debido a un sentimiento de esperanza.

Me llevó tres años dar con la historia. Y otros dos encontrar el final (lo único sin lo que nunca empiezo una historia). Y sin embargo, todavía no estaba lista para ponerme a escribir. Soy una de esas escritoras que, por lo general, son capaces de planificar y terminar el borrador de una novela en tan solo un año. En aquel momento, llevaba trabajando en Addie seis años y no había escrito ni la primera frase. Tal vez no estaba preparada para contar su historia. Tal vez no lo estaba para dejarla marchar. Quizá me preocupaba el hecho de olvidarla en cuanto lo hiciera.

Pero el proceso de escritura es inmortal en sí mismo. Una historia que se narra, que llega a otros y es recordada. Y por eso, un día de verano de hace dos años, comencé por fin a plasmar esta historia en papel.

Y ahora, diez años después de aquel paseo por Amble-side, está terminada, y entre estas páginas se encuentra mi chica, con su optimismo persistente y su alegría rebelde. Mi Addie. Espero que disfrutes conociéndola. Y cuando hayas acabado de leer, espero que alguna parte de su historia permanezca contigo.

Espero que la recuerdes.

*Tal vez los dioses antiguos sean grandes, pero no son ni bondadosos ni misericordiosos. Son volubles, inestables como la luz de la luna reflejada en el agua o las sombras de una tormenta. Si insistes en llamarlos, presta atención: ten cuidado con lo que deseas y accede a pagar el precio. Y por muy desesperada o grave que sea la situación, nunca reces a los dioses que responden tras caer la noche.*

Estele Magritte  
1642-1719



*Villon-sur-Sarthe, Francia*  
*29 de julio de 1714*

Una chica corre como si le fuera la vida en ello.

El aire de verano arde a sus espaldas, pero no hay antorchas ni turbas enfurecidas, solo los farolillos distantes de un banquete de bodas y el resplandor rojizo del sol en el horizonte, que se agrieta y se derrama por las colinas, y la chica corre, con las faldas enredándose en la hierba, mientras se dirige hacia el bosque e intenta ganar la carrera contra el anochecer.

El viento transporta unas voces que la llaman.

«¿Adeline? ¿Adeline? ¡Adeline!».

Su sombra se extiende hacia delante, demasiado larga, con los bordes ya desdibujados, y unas pequeñas flores blancas se le caen del pelo y salpican el suelo como si fueran estrellas. Deja una constelación a su paso, muy parecida a la que se despliega por sus mejillas.

Siete pecas. Una por cada uno de sus amores, eso es lo que había dicho Estele, cuando todavía era una niña.

Una por cada una de sus vidas.

Una por cada dios que la cuida.

Ahora esas siete marcas se burlan de ella. Promesas. Mentiras. No ha tenido ningún amor, no ha vivido ninguna vida ni conocido a ningún dios, y el tiempo está a punto de acabársele.

Pero la chica no aminora la marcha, no mira hacia atrás. No quiere ver la vida que le espera: tan inerte como un dibujo, tan certera como la muerte.

En vez de eso, corre.



Parte uno:

Los dioses que responden tras caerla  
noche



**Título:** *Revenir*.

**Autor:** Arlo Miret.

**Fecha:** 1721-22 d. C.

**Técnica:** Madera de fresno, mármol.

**Ubicación:** En préstamo del Museo d'Orsay.

**Descripción:** Una serie escultórica de cinco pájaros de madera en varias posturas y etapas previas al vuelo, montados sobre un estrecho zócalo de mármol.

**Contexto:** Miret, un diligente autobiógrafo, escribió múltiples diarios que proporcionan información sobre su perspectiva y proceso creativo. En cuanto a la inspiración para *Revenir*, Miret atribuyó la idea a una figurita que encontró en las calles de París durante el invierno de 1715. El pájaro de madera, hallado con un ala rota, está supuestamente recreado en la cuarta figura de la secuencia (aunque intacto), a punto de alzar el vuelo.

**Valor aproximado:** 175.000 dólares.

 imagen  
I

*Nueva York*  
*10 de marzo de 2014*

La chica se despierta en la cama de otra persona.

Permanece totalmente inmóvil, e intenta contener el tiempo como si estuviera conteniendo la respiración; como si gracias a su fuerza de voluntad pudiera evitar que el reloj siga corriendo, que el chico que está a su lado se despierte y conseguir que el recuerdo de la noche que han pasado juntos permanezca intacto.

Por supuesto, sabe que es imposible. Sabe que la olvidará. Como siempre sucede.

No es culpa suya, nunca es culpa de ellos.

El chico sigue dormido, y ella contempla cómo sus hombros suben y bajan lentamente; observa el lugar donde su cabello oscuro se riza en la nuca y la cicatriz a lo largo de sus costillas. Detalles que se ha aprendido de memoria.

Se llama Toby.

Anoche, ella le dijo que se llamaba Jess. Mintió, pero solo porque no puede pronunciar su verdadero nombre: una de las crueles peculiaridades escondidas como ortigas en la hierba. Unos agujones ocultos diseñados para atravesarle la piel. ¿Qué es una persona, sino las huellas que deja? Ha aprendido a caminar entre los espinos, pero algunos cortes no pueden evitarse: un recuerdo, una fotografía, un nombre.

Durante el último mes ha sido Claire, Zoe, Michelle..., pero hace dos noches, mientras era Elle, y habían echado el cierre a una cafetería nocturna tras una de sus actuacio-

nes, Toby comentó que estaba enamorado de una chica llamada Jess, solo que aún no la había conocido.

De modo que ahora se llama Jess.

Toby comienza a moverse, y ella nota un dolor viejo y conocido en el pecho al tiempo que él se estira y se da la vuelta... aunque no se despierta. Todavía no. Su rostro se encuentra ahora a centímetros de ella, con la boca entreabierta y unos rizos negros que le cubren los ojos; sus pestañas oscuras contrastan con la palidez de sus mejillas.

En una ocasión, la oscuridad se burló de la chica mientras ambos paseaban a lo largo del Sena, le hizo creer que tenía un «tipo», insinuando que la mayoría de los hombres que elegía, e incluso algunas de las mujeres, se parecían mucho a él.

El mismo cabello oscuro, los mismos ojos penetrantes, los mismos rasgos.

Pero no era justo.

Después de todo, la oscuridad tenía ese aspecto debido a ella. Le había dado esa forma. Había elegido esa apariencia.

«¿No te acuerdas de cuando no eras más que humo y sombra?», le dijo ella entonces.

«Cariño», le había contestado él de esa forma suave y hermosa, «yo era la noche misma».

Ahora es por la mañana, en otra ciudad, en otro siglo; la brillante luz del sol atraviesa las cortinas y Toby vuelve a moverse, emergiendo del mundo de los sueños. Y la chica que se llama —que se *llamaba*— Jess contiene la respiración de nuevo, mientras intenta imaginar una versión de este día donde él se despierta, la ve y *la recuerda*.

Una versión en la que él sonríe, le acaricia la mejilla y le dice: «Buenos días».

Pero no sucederá de ese modo, y ella prefiere no ver la acostumbrada expresión vacía, prefiere no ver cómo el chico trata de llenar los huecos donde *deberían* estar los re-

cuerdos de ella, ni ser testigo de cómo recupera la postura y aparenta una estudiada indiferencia.

Ya ha presenciado ese numerito bastantes veces, se lo sabe de memoria, así que en vez de eso se desliza de la cama y se dirige descalza a la salita de estar.

Contempla su reflejo en el espejo del pasillo y ve lo mismo que los demás: las siete pecas, dispersas a lo largo de su nariz y sus mejillas como un grupo de estrellas.

Su propia y particular constelación.

Se inclina hacia delante y empaña el cristal con su aliento. Arrastra la punta del dedo por la zona opaca mientras intenta escribir su nombre. *A... d...*

Pero solo llega hasta ahí antes de que las letras se desvanezcan. No tiene que ver con el método: da igual cómo intente decir su nombre, cómo intente contar su historia. Y lo ha intentado: con lápiz, con tinta, con pintura, con sangre.

Adeline.

Addie.

LaRue.

No sirve de nada.

Las letras se desmoronan o se desvanecen. Los sonidos se extinguen en su garganta.

Deja caer los dedos del cristal, se da la vuelta y escudriña la habitación.

Toby es músico, y las muestras de su arte están por todas partes.

En los instrumentos apoyados en las paredes. En las frases garabateadas y las notas desperdigadas sobre las mesas: los compases de melodías medio olvidadas mezcladas con la lista de la compra y las tareas semanales. Pero esparcidos por el lugar, se encuentran los toques de otra mano: las flores que ha empezado a depositar en las ventanas, aunque no sabe cuándo adquirió esa costumbre. El libro de Rilke que no recuerda haber comprado.

Las cosas que perduran, aun cuando los recuerdos no lo hacen.

Toby es poco madrugador, de modo que Addie se prepara un té; él no bebe té, pero en el armario hay una lata de Ceilán suelto y una caja de bolsitas de seda. Un vestigio de una visita nocturna al supermercado; un chico y una chica de la mano, recorriendo los pasillos por el insomnio. Porque ella no había estado dispuesta a que la noche terminara ni lista para dejarlo ir.

Levanta la taza e inhala el aroma al tiempo que los recuerdos flotan con este.

Un parque en Londres. Una terraza en Praga. Una sala de reuniones en Edimburgo.

El pasado extendido como una sábana de seda sobre el presente.

Es una mañana fría de Nueva York, la escarcha ha empañado los cristales, así que toma una manta del respaldo del sofá y se la coloca alrededor de los hombros. La funda de una guitarra ocupa uno de los extremos del sofá y el gato de Toby, el otro, por lo que se sienta en la banqueta del piano.

El gato, que también se llama Toby («Para poder hablar conmigo mismo sin que resulte raro...», le había explicado él), la mira mientras ella sopla el té.

Se pregunta si la recuerda.

Ya se ha calentado un poco las manos, de modo que deja la taza sobre el piano, abre la tapa de las teclas, estira los dedos y comienza a tocar de forma tan suave como puede. En el dormitorio, oye cómo Toby el humano se mueve, y cada centímetro de ella, desde el esqueleto hasta la piel, se tensa con temor.

Esta es la peor parte.

Addie podría haberse escabullido —debería haberse escabullido— mientras él aún dormía, cuando la mañana seguía siendo una extensión de la noche que habían pasado juntos, igual que un momento atrapado en ámbar. Pero